



X

La serpiente



QUELLOS clamores del populacho no asustaban á la hija de Hamilcar.

Otras inquietudes más grandes la turbaban; su gran serpiente, el Pyton negro, estaba enfermo; aquella serpiente era para los cartagineses algo así como un amuleto. Creíanla hija del limo de la tierra, pues emerge de sus profundidades y no necesita pies para recorrerla; su marcha recuerda la ondulación de los ríos, su temperatura las antiguas tinieblas viscosas palpitantes de fecundidades, y el orbe que describe mordiéndose la cola, el conjunto de los planetas, la inteligencia de Echmun.

El de Salammbó había rehusado ya muchas veces los cuatro gorriones vivos que le ofrecían en el plenilunio y á

cada luna nueva. Su hermosa piel, cubierta como el firmamento de manchas de plata sobre fondo negro, amarilleaba y estaba arrugada porque era demasiado ancha para su cuerpo. De cuando en cuando, Salammbó se acercaba á la cesta de hilos de plata en que dormía, y apartaba la cortina de púrpura, las hojas de loto, las plumitas de pájaro. Lo serpiente estaba arrollada sobre sí misma, más inmóvil que una liana seca; á fuerza de mirarla sentía como otra espiral, como otra serpiente que subía del corazón á la garganta y la ahogaba.

Desesperábase de haber visto el zaimph, y sin embargo le producía aquello un orgullo íntimo. Un misterio profundo se ocultaba bajo el esplendor de sus pliegues; era la nube que envuelve á los dioses, el secreto de la existencia universal, y Salammbó, aun cuando sentía horror de sí misma, deploraba no haber profundizado aquel misterio.

Cansada de sus pensamientos se levantaba, y arrastrando sus sandalias, cuya suela chocaba á cada paso con sus talones, se paseaba al azar por la gran sala silenciosa. Las amatistas y los topacios del techo, centelleaban produciendo manchas luminosas. Cogía por el cuello las ánforas colgadas de las paredes; se refrescaba el pecho con anchos abanicos, y á veces se entretenía en quemar cinamomo en el hueco de las perlas. Cuando se ponía el sol, Taanach quitaba las losas de fieltro negro que tapaban las aberturas de las paredes, y entonces sus palomas frotadas con azmicle como las de Tanit y con sus patitas rosadas se deslizaban sobre las losas de cristal entre los granos de cebada que les echaba. Pero de repente estallaba en sollozos, y permanecía tendida en el gran lecho de correas, inmóvil con los ojos abiertos, pálida como una muerta, insensible, fría.

Algunas veces, durante días enteros, rehusaba todo alimento. Veía en sueños astros y cometas que pasaban bajo eus pies. Llamaba á Schahabarim, y cuando estaba á su lado no sabía que decirle.

No podía vivir sin su presencia; pero interiormente se rebelaba contra aquella dominación; sentía por el sacerdote terror, celos y una especie de amor, al mismo tiempo en reconocimiento de la singular voluptuosidad que se apoderaba de ella á su lado.

No había nadie en Cartago que fuese tan soberbio como él. En su juventud estudió en el colegio de los Mogbets, cerca de Babilonia; después visitó la Somotracia, Efeso, Tesalia, Judea, los templos de los nabateos, sepultados ahora entre arenas; y recorrió á pie desde las cataratas hasta el mar, el curso del Nilo. Con el rostro cubierto por un velo y agitando las antorchas, había echado un gallo negro á la hoguera que fulgura ante la Esfinge, Madre del terror. Bajó á las cavernas de Proserpina, sus ojos vieron dar vueltas á las quinientas columnas del laberinto de Lemmos y resplandecer el candelabro de Tarcuto, que tenía tantas luces como días hay en el año. A veces, durante la noche, recibía viajeros griegos para interrogarles. La génesis del mundo era objeto de sus observaciones; estudió en el pórtico de Alejandría los equinocios; acompañó á Cyrene á los bematistas de Evergeta que miden el cielo calculando el número de sus pasos, y de todos aquellos estudios nació en su mente la idea de una religión nueva sin fórmulas ni dogmas, y por lo mismo llena de vértigos y ardores. No creía que la tierra tuviera la forma de una piña. Imaginábala redonda y cayendo eternamente en la inmensidad con tan prodigiosa rapidez que no se advierte la caída.

De la posición del sol sobre la luna, deducía el predominio del Baal, del que el astro no es sino el reflejo y la figura; y de todo lo que deducía de las cosas terrestres pensaba que era preciso reconocer como supremo principio la virilidad exterminadora. Acusaba secretamente á la Rabbet del infortunio de su vida. No era acaso por ella, que en otro tiempo el gran pontífice le arrancó bajo una pátera de agua hirviendo en virilidad futura? Seguía con

mirada melancólica los hombres que al lado de las sacerdotisas se ocultaban entre los grupos de los terebintos.

Transcurrían sus días inspeccionando los incensarios, los vasos de oro, las pinzas, las raquetas para las cenizas del altar, los vestidos de las estatuas, y hasta la aguja de bronce que servía para rizar los cabellos de una antigua Tanit en el tercer edículo, cerca de la parra de esmeralda.

En la aridez de su vida, Salammbó le parecía una flor que crece en la hendidura de un sepulcro. Sin embargo, se mostraba duro para ella y la castigaba con penitencias y amargas palabras. Su condición establecía entre ellos como la igualdad de un sexo común y no le dolía tanto no poder poseer á la joven, cuanto verla tan bella y sobre todo tan pura. A veces advertía que se fatigaba siguiendo su pensamiento, entonces se marchaba más triste y se sentía más abandonado, más solo, más vacío.

Palabras extrañas le escapaban alguna vez, deslumbrando á Salammbó como amplios relámpagos que iluminan los abismos.

A veces le exponía la teoría de las almas que bajan á la tierra siguiendo el mismo camino que el sol por los signos del zodiaco.

—Las almas de los muertos,—decía,—se disuelven en la luna como los cadáveres en la tierra. Las lágrimas forman su humedad, y aquel es un lugar obscuro, lleno de barro, de despojos y de tempestades.

Salammbó preguntaba cómo acabaría ella.

—Primeramente languidecerás ligera como una nube que flota sobre las olas, y después de pruebas y angustias infinitas, irás al hogar del sol, al manantial mismo de la Inteligencia.

No le hablaba nunca de la Rabbet. Salammbó creía que era por pudor, y llamándole por un nombre común que desigualaba la luna, llenaba de bendiciones al astro, fértil y suave. El sacerdote exclamó:

—¡No, no! al otro debe toda su fecundidad. ¿No la ves

rodar de continuo en torno de él como una mujer enamorada que corre detrás de un hombre por los campos?

Y sin cesar, exaltaba la virtud de la luz.

Aun cuando el sacerdote dudaba de Tanit, esforzabase por creer en ella. En el fondo de su alma sentía un remordimiento que le punzaba. Hubiera necesitado alguna prueba, una manifestación de los dioses, y esperando tenerla, imaginó el sacerdote una empresa que podía salvar á una vez su creencia y su fe.

De continuo deploraba ante Salammbó el sacrilegio, y las desdichas que engendraba hasta en las regiones del cielo. Luego de repente, le anunció el peligro de Suffeta, asaltado por tres ejércitos mandados por Matho; pues Matho, para los cartagineses, era como el rey de los bárbaros á causa del velo. Añadió que la salvación de la República y de su poder dependía de ella.

—¿De mí?—exclamó,—¿cómo puedo..?

El sacerdote contestó con sonrisa desdñosa:

—No consentirás en ello.

Le suplicaba. Por fin el sacerdote dijo:

—Es preciso que vayas al campamento de los bárbaros y recobres el zaimph.

Se desplomó sobre un escabel de ébano y permaneció con los brazos entre las rodillas, estremeciéndose como una víctima al pie del altar. Zumbábanle las sienes, veía círculos de fuego, y en su estupor, no comprendía sino una cosa: que iba á morir.

Si la Rabbetna triunfaba, si el zaimph parecía y Cartago se salvaba, ¿qué importa la vida de una mujer? pensaba Schahabarim. Por otra parte, ¿quién obtendría el velo y no moriría.

Estuvo tres días sin parecer. El cuarto, ella le envió á buscar. Para inflamar su corazón le relató todas las inventivas que se lanzaban contra Hamilcar en pleno Consejo.

Se decía que había faltado, que debía reparar su crimen, y que la Rabbetna ordenaba el sacrificio.

A menudo formidable clamor atravesando los Mappales, llegaba hasta Megara. Schahabarim y Salammbó salían, y desde lo alto de la escalinata de las galeras miraban.

Era una muchedumbre que en la plaza de Khamon pedían armas. Los Antiguos no querían proporcionárselas, estimando inútil el esfuerzo. Por fin se les permitió marchar de Cartago y para rendir homenaje á Moloch, ó por un vago instinto de destrucción, arrancaron en los bosques de los templos grandes cipreses y pegándoles fuego con las antorchas de los Kabyros los paseaban por las calles cantando. Aquellas llamas monstruosas se adelantaban balanceando suavemente; enviaban sus reflejos á las bolas de cristal de las cresterías de los templos, á los colosos, y los espolones de los navíos, salvaban las moles de los edificios, y parecían como soles paseándose por la ciudad. Bajaron por el Acrópolis. La puerta de Malqua se abrió.

—¿Estás dispuesta,—exclamó Schahabarim,—ó bien quieres que se diga á tu padre que le abandonas?

Se ocultó el rostro entre los velos, mientras las grandes antorchas se alejaban con dirección al mar. Un espanto indeterminado le detenía, tenía miedo de Moloch, miedo de Matho. Aquel hombre de gigantesca talla que era dueño del zaimph, parecía más fuerte que la Rabbetua, como el mismo Baal y le aparecía rodeado de los mismos fulgores; además el alma de los dioses visita algunas veces el cuerpo de los hombres.

Schahabarim, hablando de aquél, ¿no le decía acaso que era forzoso vencer á Moloch? Confundidos estaban uno con otro; ambos la perseguían.

Quiso conocer el porvenir y se acercó á la serpiente, pues según las actitudes que ésta tomaba deducíanse augurios. La cesta estaba vacía. Salammbó turbóse. La halló enroscada por la cola á uno de los balaustres de plata, cerca del lecho suspendido, frotándose contra aquel para desembarazarse de su piel vieja y amarillenta mientras su

cuerpo reluciente y claro se estiraba como una espada que sale de su vaina.

Luego, durante los días siguientes á medida que se dejaba convencer y se mostraba más dispuesta á servir á Tanit, el python curaba, engruesaba, parecía revivir.

La certeza de que el sacerdote expresaba la voluntad de los dioses, penetró entonces en su conciencia. Una mañana se despertó decidida y preguntó lo que era preciso para que Matho devolviese el velo.

—Reclamarlo.

—¿Y si rehusa?

El sacerdote la miró fijamente con una sonrisa que no le había visto jamás.

—Sí, ¿cómo hacerlo?—repitió Salammbó.

Arrollaba entre sus dedos las cintas que colgaban de su tiara, con los ojos bajos, inmóvil. Por fin viendo que no comprendía le dijo:

—Estarás sola con él.

—Bien.

—Sola en su tienda.

—¿Y entonces?

Schahabarim se mordió los labios. Buscaba una frase un circunloquio.

—Si debes morir, será más tarde,—le contestó;—¡no temas nada! ¡Haga lo que quiera no llames! ¡No te asustes Sé humilde, ¿oyes? ¡sométete á su deseo!

—¿Y el velo?

—Los dioses proveerán,—contestó el sacerdote.

—¿No sería mejor que me acompañases? ¡Oh, padre!

—¡No!

La hizo poner de rodillas y levantando la mano izquierda en lo alto y la derecha extendida, juró en nombre de ella, volver á Cartago el manto de Tanit.

Le indicó todas las purificaciones y ayunos que debía hacer, y el modo de llegar hasta Matho. Por otra parte, un hombre que conocía los caminos la acompañaría.

Se sentía dichosa. No pensaba más que en la dicha de ver de nuevo el zaimph y bendecía al sacerdote por sus consejos.

Era la época en que las palomas de Cartago emigraban hacia Sicilia á la montaña de Eryx, alrededor del templo de Venus. Antes de su partida durante muchos días se buscaban para reunirse; por fin tomaron vuelo una tarde; el viento las empujaba y aquella gran nube blanca, deslizábase por el firmamento, sobre el mar, muy alta.

Salammbó que las miraba alejarse bajó la cabeza y Taanach, creyendo adivinar su pena le dijo cariñosamente:

—Volverán, ama.

—Ya lo sé.

—Volverás á verlas.

—¡Quizá! —contestó Salammbó suspirando.

No había confiado á nadie su resolución. Para llevarla á cabo más discretamente, envió á Taanach al arrabal de Kiniso á que comprara cuanto hacía falta: bermellón, aromas, un cinturón de lino, y un traje nuevo.

A las doce de la noche, vió en el bosque de sicomoros un ciego con la mano apoyada en el hombro de un niño que marchaba delante de él y que llevaba una especie de cítara de madera negra. Los eunucos, los esclavos, las camareras habían sido alejados, nadie podía saber el misterio que se preparaba.

Taanach encendió en los ángulos de la habitación cuatro tripodes con áloe y cardamomo. A lo lejos, el rumor de las calles se debilitaba y al otro lado del golfo, las montañas, los olivares y la amarillenta tierra sin cultivo, ondulando indefinidamente, se confundían en un vapor azulado; no se percibía ningún ruido. Una calma indecible, una pesadez sin límites, palpitan en el aire.

Salammbó sentóse en la grada de ónice junto al baño; levantó las anchas magnas que sujetó por detrás de la es-

palda, y empezó sus abluciones como disponen los ritos sagrados,

Taanach le trajo en un recipiente de alabastro algo líquido y coagulado; era la sangre de un perro negro degollado por mujeres estériles en una noche de invierno en las ruinas de un sepulcro. Con ella se frotó las orejas, los talones, el pulgar de la mano derecha, y su uña quedó enrojecida como si hubiera aplastado una fresa.

Apareció la luna. Entonces oyóse el sonido de una cítara y una flauta. Salammbó quitóse los aretes, el collar, los brazaletes, su larga simarra blanca; desató la mata de su pelo, y durante algunos momentos la sacudió sobre sus hombros para refrescarse al soltarla. Balanceando el cuerpo, Salammbó salmodiaba oraciones, y poco á poco iban cayendo sus vestiduras á su alrededor. La pesada tapicería se movió y por encima de la cuerda que la sostenía, apareció la cabeza del pyton. Bajó lentamente como una gota de agua que resbala á lo largo de una pared, arrastróse entre la ropa caída, y luego, con la cola pegada al suelo, se irguió; y sus ojos, más brillantes que carbunclos, se fijaban en Salammbó.

El horror del frío, ó una oleada de pudor quizá la hicieron vacilar. Pero recordando las órdenes del sacerdote, se adelantó, y entonces la serpiente se dobló poniendo sobre su nuca el centro del cuerpo, y dejando colgar la cabeza y la cola como un collar roto cuyos dos extremos caen hasta el suelo. Salammbó, enroscó la serpiente alrededor de sus caderas, bajo sus brazos, entre sus rodillas y luego, tomándola por el cuello, aproximó su boca á las fauces triangulares del ofidio echando atrás la cabeza, y entornando los ojos. La serpiente apretaba contra aquel cuerpo juvenil sus negros anillos atigrados de placas de oro. Salammbó anhelaba bajo aquel peso demasiado grande, doblábanse sus corvas y se sentía morir; con la punta de

su cola, golpeaba suavemente sus muslos; después al cesar la música la serpiente se deslizó al suelo.

Taanach, volvió junto á ella, y cuando hubo dispuesto los dos candelabros, cuyas luces ardían en bolas de cristal llenas de agua, tiñó con lausonia la palma de sus manos, dió bermellón á sus mejillas, antimonio á sus párpados, y alargó sus cejas con una mezcla de goma, almizcle, ébano y patas de mosca aplastadas.

Salammbó sentada en una silla con travesaños de marfil se entregaba en manos de su esclava. Pero los contactos, el olor de los aromas, y los ayunos que había sufrido la enervaban. Se puso tan pálida que Taanach se detuvo:

—Continúa,—dijo Salammbó reanimándose.

Entonces sintió impaciencia y procuraba que Taanach fuera aprisa.

—¡Bien, bien, ama!... no creo que te espere nadie.

—Sí,—contestó Salammbó;—alguien me espera.

Taanach retrocedió sorprendida y para saber de que se trataba:

—¿Qué me ordenas, ama? Si debes partir por mucho tiempo...

Salammbó sollozaba y la esclava dijo:

—¡Sufres! ¿Qué tienes? Llévame contigo. ¡No te vayas! Cuando eras niña y llorabas te ponías sobre mi pecho y te hacía reír acariciándote. ¡Ahora soy vieja, ya no puedo nada por tí! ¡Ya no me quieres! ¡Me ocultas tus dolores, y desdeñas á tu nodrizal!

La ternura y su despecho hacían saltar lágrimas de sus ojos que caían entre las cicatrices de sus tatuajes.

—¡No,—dijo Salammbó,—no, te quiero! Tranquilízate.

Taanach con una sonrisa parecida á los visajes de un mono viejo, continuó su tarea. Sobre la primera túnica, vaporosa y de color de fresa, puso otra bordada con plumas de pájaro. Escamas de oro se pegaban á sus caderas, y del ancho cinturón bajaban los pliegues de sus pantalones azules estrellados de plata. Después Taanach le puso

un amplio vestido blanco á rayas verdes. Sujetó á su hombro un chal cuadrado de púrpura y por encima de todas aquellas prendas colocó un manto negro de larga cola. La contempló y orgullosa de su obra, no pudo menos de decir:

—No estarás tan hermosa el día de tus bodas.

—¡Mis bodas!—repitió Salammbó pensativa.

Taanach puso ante ella un espejo de cobre tan grande que la reflejaba por entero. Entónces se levantó y con el dedo arregló un bucle de sus cabellos que bajaba demasiado sobre la frente.

Aquellos cabellos estaban cubiertos de polvo de oro; rizados sobre la frente, y caían por la espalda en gruesas trenzas adornadas de perlas.

La luz de los candelabros avivaba el colorete de sus mejillas, el oro de su traje, la blancura de su piel; tenía alrededor del talle, en los brazos, en las manos y en los dedos de los pies tal abundancia de pedrería que el espejo como un sol devolvía sus rayos. Salammbó de pie, sonreía entre aquella claridad deslumbradora.

Se paseó impaciente por la estancia esperando el momento convenido. De repente resonó el canto del gallo. Púsose un largo velo amarillo, hundió sus pies en unas botas de cuero azul y dijo á Taanach:

—Mira si bajo los mirtos hay un hombre con dos caballeros.

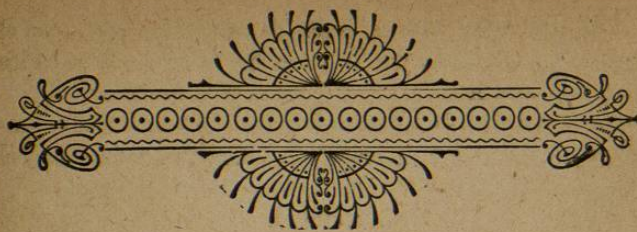
Al cabo de un momento la nodriza gritó:

—¡Ama!

Taanach se deslizó suavemente á lo largo de las proas, hasta abajo de la terraza; Salammbó volvióse hacia ella, poniendo un dedo sobre la boca, recomendando discreción; y desde lejos, á la luz de la luna, la nodriza distinguió en la avenida de los cipreses una sombra gigantesca que caminaba á la izquierda de Salammbó oblicuamente, lo cual era un presagio de muerte.

Taanach volvió á subir á la habitación. Se echó en el suelo desgarrándose el rostro con las uñas; se mesaba los cabellos, y lanzaba agudos alaridos.

Se le ocurrió la idea de que podían oírlos; entonces calló. Sollozaba sin ruido, con la cabeza entre las manos y el rostro sobre las losas del pavimento.



XI

En la tienda



El hombre que guiaba á Salammbó la hizo adelantar primero hacia las catacumbas, luego bajar á lo largo del arrabal de Moluya, lleno de callejuelas escarpadas. Los dos, caballos al paso, llegaron á la puerta de Teveste.

Sus pesadas hojas estaban entreabiertas; pasaron; aquellas se cerraron detrás de ellos.

Primeramente siguieron un camino que corre á lo largo de las murallas, y una vez dejadas atrás las cisternas, enfilaron un camino que, entre el golfo y el lago, llega hasta Rhadés.

Nadie había alrededor de la ciudad, ni en el mar ni en